

**PALABRAS DE APERTURA DE DOM LUCAS DE ALMEIDA COSTA, OSB,  
PRESIDENTE DE LA UMLA**

Queridos hermanos y hermanas:

1. Pienso que todos conocen la conjunción de los dos acontecimientos que nos reúnen aquí en Salvador: la conmemoración del IV Centenario de la Abadía de San Sebastián y de la llegada de los primeros monjes benedictinos al Brasil y a América, y el IV Encuentro Monástico Latinoamericano.

Aunque muchos de nosotros estábamos ansiosos de conocer Méjico, la propuesta del Abad Dom Timoteo en la sesión final del TEMLA para que reuniéramos ambas conmemoraciones en una sola, aquí en Salvador, fue votada y aceptada.

2. *La elección del tema:* En la reunión preparatoria celebrada en Salvador en julio del año pasado, la Comisión Central basándose en una evaluación del TEMLA y en las sugerencias de las tres áreas (ABECA - CIMBRA - CONO SUR) optó por un único tema, sugerido también por las áreas: LA FORMACIÓN MONÁSTICA HOY. La Comisión Central sugirió una dinámica propia que fue estudiada y elaborada por la Comisión Ejecutiva y que nos ayudará en los trabajos de estos días.

3. Al reflexionar sobre el tema LA FORMACIÓN MONÁSTICA HOY, el primer elemento fundamental que viene a nuestra mente es el concepto mismo de formación. Toda formación es un proceso continuo, es decir, comienza con el inicio de la existencia y finaliza al término de la misma. Por eso es permanente, está insertada en el tiempo y en el espacio y requiere un lugar: la comunidad. Para nuestro Padre san Benito la comunidad monástica es este lugar privilegiado, esta ESCUELA del servicio del Señor (RB Pról 45), y por lo tanto, está llamada a ser siempre una comunidad que es formadora de sí misma y señal reveladora de Jesucristo, y que participa de la marcha de la Iglesia y del mundo siendo fiel a los valores del Reino a partir de las necesidades concretas y siempre cambiantes del mundo. Las esperanzas y angustias de los hombres de hoy son las esperanzas y angustias de la Iglesia (cf. GS 1) y por lo tanto, del monje, que en este proceso de superación debe liberarse y ayudar a los otros a liberarse para una mayor comunión y participación.

Todos nosotros en esta “escuela” debemos considerarnos *discípulos* y, en consecuencia, dejarnos enseñar por Jesucristo Maestro, Señor y Buen Pastor. Tanto la RB como la RM y Casiano nos muestran al Monasterio como una ESCUELA donde se aprende a obedecer e imitar a Jesucristo, como un lugar donde participamos de la Pasión del Señor a fin de participar de su Reino. Es un proceso de cristificación del monje. “Y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Ga 2,20). Es la participación en el misterio pascual del Señor. Y como discípulos que “nada absolutamente anteponen a Cristo”, seremos todos juntos –como comunidad– “conducidos a la vida eterna” (cf. RB 72). A través de esta muerte cotidiana en el monasterio esperamos la Pascua, la Resurrección del Señor.

4. La comunidad monástica no lo sabe todo. Para que siempre sea una escuela, deberá vivir en un continuo proceso de *aprendizaje*. Y sabemos por la pedagogía que sólo existe aprendizaje cuando hay cambio de comportamiento. Una cosa es conocer algo, y otra es aprender algo. Ahora bien, el aprendizaje del seguimiento de Cristo supone un cambio de comportamiento, una conversión de costumbres. Por la psicología sabemos que el aprendizaje es un proceso lento que supone un trabajo continuo, perseverante y paciente. Por lo tanto, debe exigirse a la comunidad

formadora más coherencia y menos inconsistencias que a aquellos que inician la vida monástica y están en una etapa inferior del proceso de formación. Una comunidad con un estilo de vida más definido y que vive con más coherencia, posibilita a sus miembros un compromiso más concreto con la comunidad, y en consecuencia, esta comunidad podrá ser con más naturalidad, una comunidad formadora. El hecho de no definir las cosas, de dejar las cosas como están para ver qué pasa, lleva a un acentuado individualismo, multiplica el número de personas ociosas (y “la ociosidad es enemiga del alma” [RB 48]), incita a la búsqueda de “trabajos personales” – fuera de la comunidad–, todo lo cual va creando un sinnúmero de objetivos y esto va llevando a una descaracterización de la comunidad monástica y de la comunidad formadora.

*5. Frente a esta problemática de formación que esperamos será meditada y profundizada en estos días, sería interesante recordar otro aspecto de la formación en general (inicial, permanente y de la comunidad formadora): la distinción entre: eficiencia y eficacia en la formación.*

**Eficiencia** es hacer correctamente las cosas;

**Eficacia** es hacer las cosas correctas;

**Efectividad** es hacer correctamente las cosas correctas, es eficiencia + eficacia.

Procuremos realizar de manera acertada nuestra formación, pero no dejemos de realizar la formación correcta de acuerdo a las interpelaciones del mundo, de los hombres, de la Iglesia, dentro de una respuesta evangélica y eclesial, tomando en serio las motivaciones del magisterio de la Iglesia, de nuestros obispos y superiores; recordando las tendencias de la vida religiosa en América Latina según el Documento de Puebla: la experiencia de Dios, la comunidad fraterna, la opción preferencial por los pobres y la inserción en la Iglesia particular (DP 722 ss.), sin olvidar los métodos y recursos proporcionados por las ciencias humanas (sociología, pedagogía, psicología, psicopedagogía...) a fin de realizar un trabajo más sistematizado y con mayores posibilidades de éxito. Sería también importante tener una consistente y fundamentada *concepción antropológica*, que no dicotomice al hombre ni lo simplifique demasiado, sino que lo conciba y lo afirme en forma integradora y dinámica, de modo que los valores trascendentes se inspiren, surjan y crezcan a partir de los valores humanos vividos integralmente y armónicamente integrados.

Esta tarea nuestra de peregrinos del Absoluto, que buscan un clima formador para ser dispensadores de los misterios de Dios, nos la señala el apóstol Pablo en la epístola a los Efesios (4,13): caminar siempre “para alcanzar la madurez de la plenitud de Cristo”, y, como monjes, estamos llamados a seguir a Cristo “que progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres” (Lc 2,52).

6. Nuestra preocupación es grande y nos gustaría saber cómo crear este clima necesario para que los monasterios sean realmente una ESCUELA, tanto para los que llegan como para los monjes que allí viven, y una señal.

Indudablemente que jamás tendremos una respuesta definitiva. Es preciso una gran apertura y saber escrutar los signos de los tiempos. Toda nuestra vida es un proceso y, como tal, es continuo e imprevisible.

Pero ciertamente, estos días en que procuraremos compartir y reflexionar sobre la formación en nuestras comunidades de América Latina nos ayudarán a iluminar nuestro camino con la luz de Dios, que nos es transmitida por los hermanos. Que las luces del Espíritu Santo nos acompañen en estas jornadas e iluminen nuestras mentes y nuestros corazones.

